

AMOR SIN LIMITES



UN MONJE DE LA IGLESIA DE ORIENTE

AMOR SIN LIMITES

NARCEA, S.A. DE EDICIONES

INDICE

A ti, quienquiera que seas	9
Pero yo sí que te conozco	11
Una creación nueva	13
Esta gran visión	15
El Amor sin límites	17
La fuente	21
La ligadura sustancial	23
El Dios viviente	25
Las profundidades del mundo	27
¿Dónde está el apoyo?	29
La puerta de la esperanza	31
Hubo una tarde y una mañana	35
El rocío de la mañana	37
Desde la mañana, Señor	39
La salida del sol	41
Tú eres amado	43
Violenta anunciación	49
Lo incoordinable	51
Ascensiones	53
Chispas	55
Vengo a ti en las pequeñas cosas	57
El derrumbamiento de los muros	59
El extranjero	63
Gracia previniente, exigente	67
Amiga del Bienamado	69

© NARCEA, S.A. de EDICIONES
Dr. Federico Rubio y Galí, 9. 28039 Madrid

© EDITIONS ET LIBRAIRIE DE CHEVETOGNE. Bélgica

Título original: *Amour sans limite*
Traducción: CARLOS CASTRO CUBELLS
Cubierta: Fragmento de un icono de mitad del siglo XVII
atribuido a Emanuel Lombardos

I.S.B.N.: 84-277-0758-4
Depósito Legal: M-26455-1987
Impresión: Notigraf, S. A. San Dalmacio, 8. 28021 Madrid

PRESENTACION

En el horno	71
Una sonrisa, una mirada	75
Ciego y sordo	77
La estrella del mar	79
En el mar inmenso	83
Lo puro y lo impuro	85
No importa otra cosa	89
Amor, enséñanos a orar	91
Portador del fuego	93
La mujer vestida de luz	95
Dame tu corazón	97
Habla el Amor	99

Como figura de leyenda antigua pasó entre nosotros. No quiso revelar su nombre y, aunque muchos sabíamos quién era y su historia llena de misterio y de Espíritu, sólo dejó en sus escritos esta firma: Un monje de la Iglesia de Oriente. Con ello se definía él mismo y, a la vez, sugería del mejor modo lo que es la Iglesia de Oriente.

La Iglesia oriental es un misterio peculiar que, como todo misterio, no tiene límites precisos ni fronteras acotadas. Por eso es universal, es decir, católica.

El origen de este “monje de la Iglesia de Oriente” es, claro está, monacal. Dentro del monacato el de aquellos que acentúan su vida por la contemplación viva del culto. Ese culto que cumplido como “obra de Dios” lleva a los orígenes, al desierto convertido en paraíso primero, a la contemplación del misterio.

El culto es ir a los orígenes e ir a los orígenes es, de una forma o de otra, entrar en la comunión del “cielo en la tierra” que la Iglesia oriental, la Iglesia ortodoxa, hace presente en el desierto de su pobreza, de su sufrimiento, de su persecución pero, sobre todo, en la riqueza, esplendor y triunfo de su liturgia y de su contemplación trinitaria.

Allí donde la mística es teología y la teología es mística encontró un monje el cobijo áspero y dulce, seco y floreciente, de lo que otro contemplativo había vivido: "Por aquí ya no hay camino porque para el justo no hay ley".

Este monje de leyenda que ha sido una persona real nos ha dejado un legado: su vida y sus contemplaciones. Pasada la vida y habiendo alcanzado la transfiguración, sus contemplaciones son iconos que iluminan y convierten. Y desde la pequeñez y modestia de quien se conmueve ante el icono quiere continuar, como un copista aprendiz, las contemplaciones que son diálogo con los que han encontrado en ese incógnito monje la ocasión para despertar al Amor sin límites.

Las páginas que seguirán a éstas¹ pretenden ser la expresión de la vivencia que ha producido a "otro monje" de la Iglesia oriental el contemplar el icono que a través de unos escritos le ha llegado.

Carlos Castro

¹ CARLOS CASTRO: *Desierto y destierro*. Col. Icono. Narcea. Madrid, 1987 (en preparación).

A TI, QUIENQUIERA QUE SEAS...

Quienquiera que seas, como tú seas, el Señor amor te dice: Mi mano descansa en tu mano.

Este gesto quiere decir que te amo y que llamo.

Nunca he dejado de amarte, de hablarte, de llamarte. A veces era en el silencio y en la soledad. A veces donde otros estaban reunidos en mi nombre.

Esta llamada, frecuentemente, no la has percibido porque no escuchabas. Otras veces también la percibías pero de una manera vaga y confusa. En alguna ocasión estuviste muy cerca de darme la respuesta que acepto. En otras, sí me has respondido, pero sin constancia duradera. Te apegabas a la emoción de oirme. Pero retrocedía ante la decisión.

Sin embargo, nunca te has empeñado definitivamente, de una manera total y exclusiva en la escucha del amor.

Una vez más vengo a ti. Quiero volverte a hablar. Te quiero todo entero. Te lo repito: el amor te quiere de manera total y exclusiva.

Te hablaré en secreto, en confidencia, íntimamente. Mi boca está junto a tu oído. Escucha lo que mis labios van a decirte en voz baja, el murmullo que es para ti.

Yo soy el amor, tu Señor. ¿Quieres entrar en la vida del amor?

No se trata de una atmósfera de ternura tibia. Se trata de entrar en la incandescencia del amor.

Aquí está la verdadera conversión, la conversión del amor incandescente. ¿Quieres convertirte en otro del que has sido, del que eres? ¿Quieres ser el que es para los otros y, sobre todo, para este Otro y con este Otro para el que cada ser tiene la existencia? ¿Quieres ser el hermano universal, el hermano del universo?

Escucha lo que mi amor quiere decirte.

PERO YO SI QUE TE CONOZCO

Hijo mío, tú no sabes lo que eres. Tú no te conoces todavía. Quiero decir: no te has conocido verdaderamente como el objeto de mi amor. Como consecuencia no has conocido lo que tú eres en mí y todas las posibilidades que hay en ti.

Despiértate de este sueño y ensueño malos. En ciertas horas de sinceridad tú no ves de ti mismo más que los fracasos y las faltas, las caídas y las manchas, quizás los crímenes. Pero todo esto no eres tú. Esto no es tu verdadero "yo", tu "yo" más profundo.

Bajo todo esto, detrás de todo esto, bajo tu pecado, detrás de todas las transgresiones y de todas las faltas, yo, te veo a ti.

Te veo y te amo. Es a ti mismo al que amo. No al mal que tú haces. Ese mal que no se puede ignorar, ni negar, ni atenuar. ¿Puede ser blanco lo negro? Pero, debajo, a una profundidad más grande, veo otra cosa, que vive todavía.

Las máscaras que llevas, los disfraces que te pones, pueden disimularte a los ojos de otros e incluso a los tuyos. Pero no pueden esconderte ante mí. Te persigo hasta donde nadie te ha perseguido.

Esa mirada..., tu mirada que no es límpida y tu

avidez febril, anhelante, por lo que te parece intenso y todas las convulsiones precarias, y tu dureza y avaricia de corazón... todo esto... lo separo de ti. Lo corto de ti. Lo arrojo lejos de ti.

Escucha... Nadie te comprende verdaderamente. Pero yo te comprendo. ¡Podría decir de ti cosas tan grandes, tan bellas! Podría decirlas de ti: no de ese "tú" que el poder de las tinieblas ha descarriado frecuentemente, sino del tú tal como desearía que fuese, del tú que permanece en mi pensamiento e intención de amor, del tú que puede aún hacerse visible.

Haz visible lo que tú eres en mi pensamiento. Sé la última realidad de ti mismo. Haz activas las potencias que he puesto en ti.

No hay en ningún hombre ni en ninguna mujer ninguna posibilidad de belleza interior y de bondad que no estén también en ti. No hay ningún don divino al que no puedas aspirar. Y tú los recibirás todos juntos si amas conmigo y en mí.

Sea lo que sea lo que hayas podido hacer en tu pasado, soy yo el que rompo las ataduras. Y si rompo las ataduras, ¿quién te impide levantarte y andar?

UNA CREACION NUEVA

Hijo mío, no esperes una revelación nueva. No te hablaré más que de las cosas que se os han dicho desde el principio.

Lo que podría ser nuevo sería una atención especial a ciertos aspectos de la verdad eterna.

Vendrán tiempos en los que la profundización del amor hará una llamada irresistible a la piedad de muchos hombres.

Descubrirán el amor, el Señor-amor, el amor universal sin límites. No será un mensaje nuevo, una nueva revelación. Pero los que se abran a esta visión poniendo en ella todo su corazón, me ayudarán a formar los cielos nuevos y la tierra nueva por los cuales no dejo de trabajar.

Así, el descubrimiento del amor, la recepción en nosotros del amor infinito, será una creación nueva. El amor, en cada instante, quiere en vosotros más amor.

ESTA GRAN VISION

El fuego brota de la zarza que arde. Sin embargo, la llama no consume la zarza.

Acércate a la zarza ardiente, hijo mío, y contempla la gran visión y considera por qué la zarza arde y no se consume.

El fuego que arde en la zarza sin consumirla es un fuego que no se alimenta con materiales extraños. Subsiste por sí mismo. Y desde sí mismo se propaga hasta el infinito.

Este fuego no destruye la madera de la zarza. La purifica. Hace desaparecer lo que en la zarza es solamente abrojo o espina. Pero no deforma. Respeto las estructuras originales aunque se desvanezcan las excrecencias. Renueva sin matar. Convierte en fuego a la misma madera... y este fuego dura.

Sin duda, según la interpretación más simple, puedes ver en la zarza ardiente la expresión de una protección divina que, a través de todas las quemaduras y de todos los dolores, mantiene la existencia. Puedes ver, hijo mío, la afirmación de una piedad suprema, de una misericordia preservadora. Puedes ver el signo de una purificación divina, dolorosa, pero que libera.

La zarza ardiente tiene, sin embargo, un sentido más profundo. Presenta una revelación que se refiere a tu Dios, a tu mismo Señor.

La zarza ardiente es una expresión de la naturaleza divina. En la llama de la zarza puedes entrever lo que yo soy. Tu Señor, el Señor-amor, ¿no es un fuego que devora?

Como la llama de la zarza, yo soy el amor que se da sin agotarse jamás. Soy la generosidad que no conoce ninguna medida. No se puede decir de mi amor: hasta allí y no más.

Soy el amor que siempre tiende a incorporar y a asimilar todos los elementos humanos que encuentra y en cuyos orígenes está. Así como el fuego no destruye la madera de la zarza tampoco yo destruiré a los hombres que he creado. Quiero tan solo hacer desaparecer aquello que en el hombre contradice la esencia del amor.

Yo tomo y lo hago mío. Yo transformo y transfiguro. Vivifico. Transporto a otro plano, a un plano más alto.

El que ama, se une a los que ama. Me uno a vosotros, mis bienamados. Y, sin embargo, no puede haber confusión entre mí, que soy el amor, y vosotros, que tenéis al amor.

¿Ves ahora la gran visión? ¿Ves ahora la llama que nadie enciende, pero que brota de mi corazón mismo, la llama que hay en mí? ¿Ves al incendio divino extenderse sobre el mundo? El universo entero es la zarza ardiente.

EL AMOR SIN LIMITES

Hijo mío, has visto la zarza que arde sin consumirse. Has reconocido el amor que es un fuego devorador y que te quiere todo entero. La “gran visión” de la zarza ardiente puede ayudarte a darme un nombre en algún modo nuevo. Este nuevo nombre no deja abolido aquel o aquellos de los que te has servido hasta el presente y... sin embargo, como un relámpago en la noche, puede, con su viva luz, renovar todo el paisaje.

Frecuentemente me has llamado con un nombre que no era el mío. O, más bien, ese nombre era ciertamente el mío pero no expresaba con claridad lo que la vida divina manifiesta en su mayor intensidad, ni traducía lo que yo hubiera querido revelarte de mí mismo en el momento de tu oración... ese aspecto particular de mi ser bajo el cual hubieras debido dirigirte a mí.

Vosotros me llamáis Dios. Este nombre tradicional ha sido adorado y bendecido por innumerables almas. Ese nombre les ha dado y, no cesa de darles, emoción y fuerza. Es un insensato el que quiera despreciarlo. Impío el que quiera eliminarlo. Adórame como a tu Dios. Venera este nombre que me designa.

Pero no disminuirás esta veneración cuando te

dés cuenta de que, por lo que respecta al lenguaje, ese nombre no tiene un contenido evidentemente cierto. Le falta precisión. Los que se le han dado más tarde no estaban unidos a la misma palabra. Palabra tan vasta, susceptible de una extensión tal que pudo, a veces por debilidad humana, parecer algo vacío...

Después vino un uso mecánico, rutinario, de mi nombre. Muchos han conservado la fórmula. No saben ya darle un sentido.

Decís: Dios, Dios mío, tú que eres Dios, Señor Dios. En la fuente antigua, en el vocablo consagrado, podéis seguramente extraer fuerzas nuevas. Pero intentando particularizar mi nombre según el instante o la necesidad presente, podréis encontrar un estimulante real.

Podréis entonces volveros hacia aquel de mis aspectos cuya circunstancia concreta se os revela. Me diréis entonces, según los casos: Tú eres belleza, tú eres verdad, tú eres mi pureza, tú eres mi luz, o tú eres mi fuerza. Podréis decir: Tú eres mi amor.

Esta última expresión acercará más estrechamente a mi corazón vuestro lenguaje. Podréis decirme: Señor-amor. E incluso más simplemente: Amor.

Y aquí pondría ante vuestra consideración, ante vuestra piedad, un término que, si quisiérais, se convertiría en el sol, el sol sin ocaso, de vuestra vida. Queridos míos: Yo soy el amor sin límites.

Amor sin límites... Estoy más allá, por encima de todos los nombres. Pues justamente el calificativo "sin límites" expresa que mi persona y mi amor escapan a todas las categorías a las que está acostumbrado el pensamiento humano. Yo soy el amor

supremo, el amor universal, el amor absoluto, el amor infinito.

Si en este momento insisto sobre las palabras *sin límites* es para evocar en vuestro espíritu la imagen visual de las fronteras derribadas. Es para que se alce ante vosotros la percepción de lo "ilimitado", de un amor que, como un viento violento, como un huracán, derriba todos los obstáculos. Soy el amor que nada puede parar, que nada puede contener, que nada puede detener.

El enemigo que hay que vencer no es la muerte. Es la negación que el hombre puede oponer a mi amor. Pero nada puede destruir o disminuir la intención y la acción de amar del Dios fuerte.

Amados míos: no os enseñe aquí nada nuevo. No os traigo una definición o una doctrina. No hago más que repetir lo que se dijo desde el principio. Indico un camino de acceso. Son buenos todos los caminos que llevan al mismo fin.

LA FUENTE

El amor ha recibido un nombre personal. Ha tomado un rostro de hombre. Ha pisado nuestros caminos. Se ha hecho uno de nosotros sin dejar de ser divinamente él mismo. Jesús-amor...

Pero la exploración presente va más allá de una persona o de las personas divinas. Se refiere a lo que hay en ellas, en su interior común, no a lo que es propio de cada una de ellas. Se trata en este momento de contemplar "la esencia divina", de entrever lo que hay en Dios, lo que ha sido la emoción generadora primera. Esto lo hemos llamado amor y... amor sin límites.

Queremos subir a la fuente misma. Sin duda, sería motivo de inspiración discernir, seguir, en esta fuente, los manantiales orientados y distintos; detenernos junto a las tres figuras simbólicas igualmente jóvenes, igualmente bellas sentadas en la mesa de Abraham bajo los teberintos de Mambré; oír la cantata a tres voces en la que cada una canta el mismo amor con sus modulaciones propias. Pero no vamos a tratar aquí de las relaciones personales en el interior de la esencia divina. Sería salirnos de nuestro propósito y de nuestras posibilidades. Hablaremos, pues, del Señor-amor sin diferenciación.

Hablaremos del amor de la manera más simple. Hablaremos de él desde los aspectos más simples. En esta aproximación primera, inmediata, libre (aunque no desapegada) de lo sensible y de las formas, nos encontramos en el mismo plano de muchas almas, muy simples también, que desconocen las teorías y saben únicamente amar y suspiran por el encuentro con el Amante, encuentro del alma con el amor.

— ¿Es verdad, hijo mío, que no deseas otra cosa que el amor?

— Es verdad, Señor.

— Entonces, hijo mío, puesto que tienes sed, ven a las aguas. Ven al agua primera. Ven a beber a la fuente.

LA LIGADURA SUSTANCIAL

Hijo mío, dilata tu visión hasta las dimensiones del amor universal, a las dimensiones de mi corazón.

El amor sin límites no se detiene en el hombre. Mi amor sostiene al universo entero. Es el lazo sustancial entre todos los seres, entre todas las cosas y el que las anima.

Déjate llevar por la corriente inmensa del amor sin límites. Déjate llevar por ese impulso, por esta aspiración de la naturaleza entera que espera con gemidos ser liberada de las consecuencias de la caída.

Hay una ascensión del hombre hacia mí. Pero no pierdas de vista mi descenso hacia el hombre, hacia las cosas.

Coge una flor entre las manos. Coge una piedra. Contémpalas no desde el punto de vista científico, sino desde el del amor. Son un resumen de la evolución del mundo. Son signos del amor que aspira hacia las cumbres y también del amor que viene a nosotros a través de los siglos, descubriéndose a nosotros, dándose a nosotros, acercándose cada vez más hasta nosotros.

Mira la belleza del amor en un poco de hierba, en una hoja, en una rama. Haz una ofrenda de un

EL DIOS VIVIENTE

perfume o de un color. Inserta tu vida en la vida del universo, en la fidelidad al mismo designio divino. Piensa en la montaña y en el mar, en los vientos y en las tormentas, en los animales feroces y en los pequeños. Todos tienen su lugar en mi corazón. Dale un sitio en tu oración. Que esas criaturas orienten tu plegaria por avenidas más amplias que las de una piedad en la que el universo no tuviese ninguna parte.

En cada criatura reconoce una intención de amor. Yo he amado cada grano de arena, cada árbol, cada animal. Cada uno representa una ascensión y una condescendencia. Unete a todo esto. Da gracias en nombre de la naturaleza que no puede hablar. Que una piedad amplia como el mundo sea tu respuesta al amor sin límites.

¿Amas el sol? ¿Amas las estrellas? ¿Amas las galaxias? ¿Me das gracias por su creación y su presencia? ¿Entras en el amor divino a través de todo lo que existe?

Esto puede ser difícil. Amar las serpientes... Incluso si te ha mordido una serpiente debes probar a amarla en el momento mismo en que te ha mordido. Los animales no son culpables. Cumplen lo que es simplemente una necesidad de su organismo. También han sido víctimas de la caída original. Pero yo no dejo de amarlos a todos.

La piedra arrojada en el agua hace círculos concéntricos que se van ampliando. Este movimiento invisible afecta a todas las moléculas del universo. Así sucede con mi amor sin límites. Mi amor es una emoción que se propaga al infinito y una sustancialmente todo lo que es.

Señor-amor, si te llamo amor, si descubro en ti el amor sin límites, no quiero en absoluto, con ello, deificar un "sentimiento".

El amor sin límites no es un sentimiento de amor, un sentimiento humano y subjetivo.

Mi amor. Tú no eres un atributo metafísico, tú no eres una experiencia psicológica, tú no eres un imperativo moral. Tú no eres una entidad impersonal, la sombra que pasa, la imagen que palidece.

Mi amor sin límites. Tú eres el viviente supremo, el Dios viviente. Voy a ti como al primer amante. Voy a ti como al amante apasionado (un amante apasionado que no puede sufrir ninguna pasión, pero que lleva en sí, al máximo, el impulso pasional activo). Voy a ti como al amante del que fluye todo amor.

Mi bienamado viene hacia mí. Y porque viene hacia mí, puedo ir hacia él. Oigo el ruido de sus pasos. Escucho su voz. Viene para siempre.

LAS PROFUNDIDADES DEL MUNDO

Hijo mío, este mundo es un mundo de signos. Necesitamos descifrar la escritura secreta.

Es bueno que descubras en todo momento y que admires la belleza del mundo y que te acuerdes del acto creador. Pero a partir de un cierto instante esto no basta. Hace falta poner este esplendor en su contexto total, en su contexto patético, a la vez doloroso y misterioso.

Si has percibido que el misterio del universo es el amor sin límites, pero un amor inmolado por nosotros, no podrás ver las cosas como se te presentaban antes. La belleza “natural” se borra ante la visión del sacrificio del amor.

Ves el sol. Piensa en el que es la luz del mundo, velado por las tinieblas.

Ves los árboles y sus ramas que cada primavera reverdecen. Piensa en aquel que, suspendido en un madero, atrae todo hacia sí.

Ves las piedras y las rocas. Piensa en la piedra que, en un jardín, obstruía la entrada de un sepulcro. Fué movida y, desde entonces, la puerta de esta tumba no se ha vuelto a cerrar.

Ves las ovejas y los corderos. Inocentes se dejan conducir al matadero y no abren la boca. Piensa en

el que, de una manera única, ha querido ser el cordero de Dios.

Admiras las manchas que enrojecen la blancura de algunos pétalos. Piensa en la sangre preciosa que brotó de la pureza absoluta.

¿DONDE ESTA EL APOYO?

Pobres hijos... queréis estar sin mí. ¿Dónde os apoyaréis?

Pobre hijo, crees escaparte de mí sumergiéndote en lo que piensas que es la naturaleza, en lo que tú llamas la naturaleza. Pero lo que abrazas no es en modo alguno la naturaleza, en su verdad, en su profundidad.

Creas que vivirás más alejándote del amor que está más allá de todo límite y que ama más allá de lo visible. Te quieres entregar a lo visible exclusivamente. Hablas de afirmar tu persona, de realizarte a ti mismo. Hablas de los alimentos terrestres y esperas de ellos la armonía y la alegría.

Pero te encontrarás con el rechazo que te opondrán todos los elementos de la creación. El universo no concede paz a quien pretende separar una situación o una persona del amor total.

Buscas estar sostenido por la realidad. Concibes la naturaleza como la realidad exenta.

Quieres apoyarte sobre una caña y... esa caña traspasará tu mano.

En un mundo en que todo está enlazado por un amor sin límites, todas las criaturas que deseas asir aisladamente, sin referencia al amor absoluto, se retirarán de ti una detrás de otra. Te quedarás

abandonado, herido, tendido en el camino. Todo te abandona en el momento en que me abandonas.

Pobre hijo. ¿A quién encontrarás que te salve si no a mí? ¿A quién encontrarás para amarte si no es a mí?

LA PUERTA DE LA ESPERANZA

Hijo mío, desde que pronuncias estas palabras: “Amor sin límites”, desde que das a esta realidad suprema un lugar en tu corazón, abres una puerta, la puerta que hace entrar en el reino de libertad y de luz.

Es la puerta de la esperanza, el dintel de la ampliación de tu ser.

Esperanza: espera de lo que viene. Espera cargada de amor, fundada sobre el amor. Pues no se espera más que lo que se ama.

No confundas tus “esperanzas” en plural con tu “esperanza” en singular. Tus esperanzas, es decir, las cosas particulares, limitadas, que quisieras ver realizarse y que frecuentemente no corresponden más que a un querer egoísta; tal éxito, por ejemplo, o tal curación. Eso son esperanzas. No es la esperanza.

La esperanza: un anhelo, un deseo, una espera que no llevan solamente a un objeto particular sino al conjunto de tu destino. No se trata sólo de la porción limitada de una curva sino de la totalidad de esta curva.

Si consideras solamente un fragmento de la curva de tu vida puedes tener la impresión de un

fracaso, de una quiebra. Pero mira toda la línea de tu vida con una confianza inspirada por el amor. La muerte misma, de importancia tan grande, no es más que un momento, un punto de la curva. El amor no muere. Nada de lo que es amor se pierde.

La puerta de la esperanza está abierta ante ti y nadie podrá cerrarla. ¿Cómo se presenta, de hecho, esta puerta? Es la puerta de la ocasión que el amor te ofrece a cada instante.

Piensas en la serie de ocasiones fallidas en el curso de tu vida. Te dices a veces: “¡Si hubiera sabido! ¡Si en tal circunstancia hubiera obrado de otra manera! ¡Si pudiera volverlo a hacer!”. No es posible rehacer lo que se ha hecho. Sí, hay ocasiones perdidas; no volverán más. Pero estas ocasiones perdidas no son nada en comparación con las que hay ahora, en comparación con las que yo te ofrezco en este mismo momento.

La puerta de la ocasión presente, que es también la puerta de la esperanza, está delante de ti, en cada minuto. Varía en cada hombre. No te sientes a la puerta esperando que vengan a abrirla y creyendo que está cerrada. No tienes más que empujarla ligeramente y se abrirá por completo.

En el momento en que pases el umbral, el amor sin límites vendrá a ti. Es ya, por mi parte, algo más que amor prometido. Es ya amor dado. Pero en este mundo, mientras estés en esta vida, puedes romper la unión. Esta unión es aún imperfecta. Estamos todavía en los esponsales; hay esperanza más que posesión. Pero empieza a andar con la esperanza que tienes, con tu joven, primaveral, tu verde esperanza.

Espera en tu Señor-amor aun cuando te parezca

que vas a ser triturado. La cima de la esperanza es esperar contra toda esperanza.

La esperanza es sin límites porque procede del amor sin límites y se abre sobre él. El amor sin límites, ¿no ha puesto en tu dedo ese anillo de esponsales que es la esperanza sin límites?

HUBO UNA TARDE Y UNA MAÑANA

No menos de seis veces, en el primer capítulo del primer libro sagrado de los hebreos, Dios es presentado creando los días de la semana y fijando la tarde como punto de partida.

La manera de contar el tiempo de los hombres de hoy no es la tuya, Señor. Los hombres, instintivamente, sitúan la mañana como comienzo de la jornada.

El día comienza con la blancura del alba. Después vienen la alegría de la aurora, el alzarse del sol, la gloria del mediodía, la declinación y la sombra, la tristeza del crepúsculo y por fin la tragedia física y el terror de las tinieblas.

Contigo, Señor, no es así. Tú proclamas que primero hubo una tarde y a continuación una mañana.

Tu día comienza en el atardecer, en la oscuridad nocturna y se mueve hacia la mañana, hacia la luz, hacia el resplandor de la zarza ardiente y del sol del mediodía.

Así nuestro amor, siempre comenzando, siempre tan débil, incierto y amenazado irá abriéndose hacia la claridad del amor sin límites.

Sin duda, la tarde volverá. Pero un abismo separa la visión de una jornada que desciende

hacia la noche y la de una jornada que sube hacia la mañana.

Lo que importa, Señor, es el sentido que tú das al movimiento de los días. Del orden que siguen, haces para nosotros un símbolo. Desde el comienzo has orientado la evolución del tiempo hacia tu plenitud luminosa. Tú nos orientas hacia la mañana.

Señor, hazme más consciente del suceder de mis jornadas. A pesar de las oscuridades del momento, dame la intuición del crecimiento del sol del amor. Abreme del todo mi esperanza en la proximidad, a las llamadas del día sin atardecer de tu Reino.

EL ROCIO DE LA MAÑANA

Hijo mío, quiero que te sientas en comunión con mi grandioso universo, con su informe aspiración, con su informe acción de gracias. Pero quiero especialmente en esos instantes en que intentas ser uno con el amor sin límites, que seas muy humilde.

Has visto el rocío de la mañana. Pone perlas temblorosas en las briznas de la hierba y sobre las flores antes o poco después de alzarse el sol.

El rocío es abundante donde la tierra está húmeda y descubierta, cuando el tiempo está claro y la calma es perfecta.

Cada gotita irisada forma los colores del arco iris. Por minúscula que sea la gotita, refleja los colores fundamentales del universo.

Hijo mío, sé tú esta ínfima gota de rocío que nace en un terreno de húmeda ternura cuando se levanta el sol en un corazón amante.

Sé esta gota que en toda su pequeñez, en su medida, refleja la belleza del mundo.

Y después reabsórbete en la luz y el calor del sol. Es el sol quien da el ser a las gotas del rocío.

DESDE LA MAÑANA, SEÑOR

¡Que esta mañana, Señor-amor, mi primera palabra se dirija a ti para bendecir tu nombre!

Creo, siento, al empezar este día, que tu bondad inmensa desciende sobre todo lo que existe. La fuente de amor continúa brotando incluso cuando nos parece no ver en torno a nosotros más que el mal y el sufrimiento. Ya visiblemente, ya en secreto no te has cansado de ayudar, de amar. Hoy también lucharás por nosotros.

Esperamos de ti las gracias necesarias para este día. Con el pan material danos tu alimento celeste, el trigo puro de tu amor sin límites, verdadera sustancia de nuestra vida. En tus manos ponemos con confianza nuestras dificultades prácticas, nuestras penas, nuestros miedos de hombres de poca fe.

No tenemos otro socorro que tu amor. No tenemos otra esperanza. ¡Que guíe hoy nuestro caminar como columna de luz avanzando en el seno de la tiniebla aparente!

Señor, una atmósfera de vida entregada, de sacrificio, inspira todo lo que cada día llega hasta nosotros desde ti. El amor salvador ha querido sufrir por nosotros, morir por nosotros. Hazme

partícipe de su deseo de dar la vida que he recibido.

Señor, que la acción purificante del amor salvador lave mi alma de la multitud de mis pecados. ¡Une en tu amor, alrededor de tu amor, a los que te conocen, a los que te buscan sin conocerte y a los que tú buscas! Queremos estar en ti. ¡Acógenos!

LA SALIDA DEL SOL

¿Has combatido toda la noche con el ángel?
¿Has luchado con el amor sin límites no dejándole ir hasta que te diese la bendición?

Tu deseo violento de poseer el amor, o mejor, de ser poseído por el amor, ¿ha sido atendido? Y en ese momento, para que no olvides tu condición, el amor ¿te ha infligido su herida, que nunca tendrá curación?

¿Has atravesado el vado que desde el “yo separado” conduce al “yo” que se abre y que se ofrece?
¿Has encontrado a continuación a tu hermano y reconocido en el rostro de tu hermano el rostro de Dios? ¿Has sellado con un beso este reconocimiento?

¿Has recibido el *ephetha* divino, la apertura y has dicho: “Que de ahora en adelante el mundo entero esté en mi corazón”?

Si todo esto ha sucedido, el verdadero sol del que el sol aparente no es más que tosca sombra, ha amanecido para ti. El sol del amor ilumina para ti otro camino, una jornada nueva.

TU ERES AMADO

Hijo mío, esta palabra que te dirijo te introduce en el centro mismo de la zarza ardiente. No estás ya en el dintel del misterio. Tú eres amado. Estas tres palabras, si quieres verdaderamente recibir-las, pueden cambiar y transformar toda tu vida.

Tú eres amado. Hay que comenzar por el principio. Hace falta poner en primer lugar mi amor por los hombres, mi amor sin límites. El amor del hombre por Dios no es más que la respuesta a mi amor. Soy yo el primero que he amado. Siempre soy yo el que tomo la iniciativa.

¿Cómo podrías amarme si no hubieras primero alcanzado la revelación del amor que tengo por ti? Te hace falta, en un momento determinado, sentir como un choque el amor apasionado que te ofrezco. Si quieres anunciar el Evangelio, primero debes ir simplemente a los hombres diciendo a cada uno: "Tú eres amado". Todo lo demás viene de ahí; es el punto de partida.

¿Qué significa amar cuando es Dios quien ama, Dios, el amor esencial? Todo amor es movimiento de un ser hacia otro con el deseo de una cierta unión. Las orientaciones de este movimiento, sus modalidades, sus variantes son innumerables. Van

de lo menos que humano a lo más que humano. Pero hay siempre una tendencia hacia una unión, deseo de unión, sea posesiva o sea sacrificial.

Mi amor por los hombres es un movimiento desde mí mismo hacia ellos, no simplemente para ser conocido por ellos o para ser, en algún modo, imitado por ellos sino para unirme a ellos, para darme a ellos.

Mi amor, el amor en su esencia incorruptible, el amor sin límites no está nunca enteramente ausente. Dios no está jamás ausente. A veces el amor apenas parece existente, es casi imperceptible, recubierto por el odio, por perversiones de todas clases, por una capa de brutalidad instintiva. Pero yo trabajo a través de todo. Al amor más deformado lo hago capaz de elevarse hasta la donación consciente y total. El amor tiene muchos aspectos. Pero no hay más que un solo amor.

Tú eres amado. ¿Hay lugar para una ínfima persona en la llama de la zarza ardiente? Un alma, una persona a la que amo no es ínfima. Tú eres amado. Eres tú quien eres amado. Profundiza el valor de ese tú. No enuncio aquí una afirmación general. No hablo en este momento a una colectividad. No digo: "Vosotros sois amados".

Cierto que todos vosotros, creados por mi amor, todos, en un sentido muy exacto, me sois muy queridos. Sois los miembros de un mismo cuerpo que es mi cuerpo. Pero aquí, hijo mío, hablo a una persona, a ti mismo. Y te llamo con un nombre que no le doy a ningún otro.

Sí, te llamo con un nombre secreto. Desde toda la eternidad te he reservado este nombre. Es un nombre distinto del que usan los hombres para

llamarte. Es un nombre escrito en una piedra blanca y que no conoce nadie salvo el que lo recibe si está atento al don.

A cada uno de vosotros, en el pensamiento divino, se le ha concedido descubrir y hacer patente a los demás una faceta diferente del diamante único. Tú eres una faceta. Sea lo que sea lo que la vida haya podido hacer de ti, tú eres uno de los aspectos, un aspecto diferente del lazo que une cada hombre con el amor personal. Tú eres un rayo de amor, emanación del amor, incluso aunque el rayo parezca quebrado.

Pero, ¿con qué amor eres tú amado? No digo: "Tú has sido amado". Tampoco digo: "Tú serás amado". No te he amado solamente ayer o anteayer. No es mañana o pasado mañana cuando te amaré. Es hoy, en este mismo minuto cuando eres amado.

Ese es el caso de cada hombre. Te asombra y me preguntas: "¿Es verdad? ¿En todos los casos?". Sí, en todos los casos. Y continúas: "Señor, ¿cómo es posible? El que peca contra ti, ¿podrá, en ese mismo momento, ser amado por ti?". Sí, hijo mío. Si no siguiese amando al que peca, ¿le dejaría subsistir delante de mí? El amor esta sentado como un mendigo a la puerta del que no ama. Espera. Esperará. La duración de mi espera rebasa todas las previsiones humanas. No intento perforar el misterio. Espero. Y, ¿quién podrá separarme de mi querido pecador?

Mira pues, hijo mío, con qué amor eres amado. No te digo que eres grandemente amado, muy amado, amado más o menos que otro. Tú has oído decir que amo a algunos, que odio a otros, que

amo en grados diversos. He tenido yo mismo que hablar a los hombres a la manera humana, en lenguaje humano, en un estilo educativo, con pobres palabras humanas incapaces de expresar las realidades divinas. Pero en mi amor indivisible no hay ni "más" ni "menos". Mi amor es cualidad pura. No hay nada de cuantitativo, nada de mensurable. Se ofrece a todos en su infinitud. No puedo amar más que divinamente, es decir, enteramente, dándome a mí mismo del todo. Son los hombres los que se abren más o menos, o se cierran al amor.

Usaré una imagen. El amor divino es semejante a una presión atmosférica que rodea, encierra cada ser y pesa sobre él. Sitúa a cada hombre y quiere conquistarlo. Intenta procurarse una apertura, encontrar el camino que conduce al corazón y le permita penetrar por todas partes. La diferencia entre el pecador y el santo es que el pecador cierra su corazón al amor, mientras que el santo se abre a este amor. Pero se trata del mismo amor, de la misma presión. El uno rechaza, el otro acepta. No hay aceptación sin una gracia, pero esta gracia no se mide.

Hijo mío, te lo digo una vez más. Amo a cada uno a la vez por entero y de modo diverso. Amo a cada uno *de otra manera*. Aquí hay sitio para intenciones y dilecciones divinas, gracias, llamadas, elecciones que no se parecen unas a otras.

A ti mismo, hijo mío, te amo de manera distinta a otro. Te amo con un amor que no le ha sido dado a nadie. Te amo con un amor incomparable, único. Tus pecados pueden herir el amor que tengo por ti. Pero no pueden disminuirlo.

¿Podría decir que amo al hombre "con todo mi corazón"? Estas palabras se aplican mal a Dios pues encierran algo todavía cuantitativo. Mi corazón no tiene ni una totalidad, ni una mitad, ni un tercio. Es sin límites. El amor que proviene del hombre tiene límites porque el hombre es una criatura finita.

Sin embargo, hijo mío, tú puedes hablar de "todo el corazón" divino de una manera simbólica. Esto querría decir que el amor se aproxima a ti sin restricciones, con su inmensidad, su infinitud, su absolutividad, su ilimitación. Cada uno de vosotros, cada criatura, cada grano de arena, cada ser registrado en el microscopio es amado por mí. ¿Crees esto?

Hijo mío, tú eres en este preciso momento un punto de aplicación del amor sin límites en el universo. Yo, tu Dios, tu Señor estoy inclinado hacia ti. El ser divino está, de algún modo, concentrado en ti como en cualquier existencia, como si fueras el único que estuviera ante mis ojos.

Hay en este pensamiento, en esta realidad algo para embriagarte, para conmoverte. Tú eres amado. Repítete esta palabra y aliméntate de ella.

Recibe mi declaración de amor con una humildad y una confianza alegres y entonces tu alma irá cantando.

VIOLENTA ANUNCIACION

El amor sin límites fuerza las puertas. Es posible que yo hubiera esperado una especie de coexistencia pacífica con Dios. Quizás había llegado a creermelo más o menos “en regla” con lo que es del alma y me sentía más o menos tranquilo. Quizás imaginaba un atardecer de la vida sereno, dichoso.

Y he aquí que todas las previsiones se han venido abajo por un anuncio divino. Dios pide de mí algo que no esperaba en absoluto. Es como el anuncio de un hijo no deseado.

Atender a esta exigencia, tomar esta decisión que cuesta..., ¿por qué? ¡Todo parecía ir tan bien! ¿Hacen falta incertidumbres, nuevas ansiedades? ¿Hace falta revivir las peripecias de la primera llamada tan lejana ya? ¿Deberé, otra vez, salir del país habitual sin saber adónde me conducirá Dios?

Estas cosas no se las he dicho a Dios. Pero las he pensado. Ciertamente no he dicho que “no” al Señor pero le he dado una respuesta que equivale a un rechazo respetuoso: “¡Que el hombre que yo soy siga así viviendo ante ti!”.

El hombre que soy... Este hombre representa un estado presente, una situación bien definida, un conjunto de cosas en el que estoy instalado, y

quizá una relación con Dios que me parece suficientemente buena. ¿Qué más desear?

El amor sin límites quiere hacer irrupción en mi vida. Viene a perturbar lo que existe. Viene a desbaratar lo que parecía estable y a abrir horizontes nuevos... en los que no había pensado jamás.

¿Lo rechazaré? ¿Emprenderé la fuga ante el anuncio que se me hace? Si rehuso quizá no me convierta en extraño a todo amor. Pero el amor en el que me fijaré será un amor relativo y limitado. Será el rechazo del amor absoluto y de sus audacias. Será un lago estancado en lugar de la alta mar.

Señor-amor: Rompe tú mismo las amarras que me retienen. Yo ya no volveré a ti, ribera demasiado familiar. ¡Señor-amor, que viva ante ti el hombre que seré!

LO INCOORDINABLE

Hijo mío, no te dejaré tranquilo. Quiero enseñarte la superación. Está bien que estés satisfecho con la belleza armoniosa. Pero debes descubrir ese desgarramiento que hace entrever lo que es sublime.

No blasfemarás contra la inteligencia. Yo soy el origen y la cima del pensamiento. Pero no quiero encadenarte para siempre a los lentos rigores de la reflexión. Quisiera darte la visión.

Sé obediente y piadoso. Eso de lo que hoy se hace tanta burla. Pero no quiero que sueñes en una moralidad o en una piedad confortables. Quiero inspirarte el sacrificio.

Reconoces la distancia que hay entre tu Dios y tú-mismo. Y esto es correcto. Pero estate atento a no medir esta distancia para mantenerte estrictamente en la actitud del menor esfuerzo.

Hijo mío, quiero revelarte día tras día al Dios hecho hombre, a tu Señor-amor que se hace carne, que se hace tu carne.

Asumiendo, sin mezcla, la naturaleza humana, haciéndose uno de nosotros sin dejar de ser él mismo es como el amor sin límites rompe de manera suprema los límites.

ASCENSIONES

Hijo mío, el amor sin límites rompe también los límites de las palabras.

Preparo en tu corazón, en tus labios, ascension de tal manera que todas las palabras que usas hagan explosión hacia lo alto y cada una ellas rebase a la que le precede y te introduzca en una misión más excelente.

Tú *vas*. Que vayas por donde vayas te sientas *enviado*, portador de un mensaje divino.

Tú *vienes*. Vengas de donde vengas siéntete *esperado*. Siente que marchas hacia una meta indicada y que ya estás interiormente ligado a esa meta. Date prisa al encuentro que te he preparado.

Tú *ves*. Deseo que *mires* y que toda visión se haga en ti contemplación atenta.

Tú *oyes*. Deseo que *escuches*, que prestes el oído y que más allá de “percibir”, quieras “recibir”.

Tú *hablas*. Quiero más bien que *digas* y que transformes la palabra neutra en una comunicación personal e íntima.

Estos verbos suben de claridad en claridad. Pero en la cima hay un verbo sobre el que no hay otro. Es el verbo *dar*. Y es que el don deja abolida la posesión propia.

CHISPAS

Además en el interior del don resuenan llamadas cada vez más exigentes. La divina lógica del don —mi lógica— va del don parcial al don total, del don de la cosa al don de sí.

Hijo mío, déjame poner palabras en tus labios. Aprende a hacer de ellas estrofas de un cántico en escala al término del cual percibirás, en el último giro del camino, la tierra perdida, la tierra presentida, la tierra prometida.

Un hombre camina a través de la negra noche; una noche de invierno. El frío es glacial; la nieve cae. El paisaje y la atmósfera parecen borrar toda esperanza.

Y he ahí que, de repente, entre los copos de nieve que muerden la mano del viajero aparecen chispas.

¿De dónde pueden venir estas chispas? ¿Hay una llama, hay un fuego cerca de aquí? ¿Hay una posibilidad de calentarse, una fuente de luz y de calor!

Hay una llama, hay un fuego cerca... infinitamente cerca.

VENGO A TI EN LAS PEQUEÑAS COSAS

Vengo a ti, hijo mío, en las pequeñas cosas, en los más humildes detalles. Cada uno de tus gestos puede convertirse en la expresión del amor sin límites.

Lavas un plato; lo enjuagas. Haz de esto un acto de amor para con todos los que han comido en ese plato, para todos los que comerán en él.

Una mujer de la limpieza sale de su casa. Acaba de colgar la ropa en la cuerda donde se secará. Este simple gesto de servicio ¿no te recuerda nada? Esos dos brazos, extendidos un instante, no te hacen pensar en los dos brazos que se levantaron en el bosque sagrado?

Todo se hace sagrado si tu amor lo transfigura. El amor está entre nosotros como el que sirve.

EL DERRUMBAMIENTO DE LOS MUROS

La ciudad fuerte, ceñida de murallas, en la que no se puede entrar y en la que no se puede salir es una conmovedora imagen de la separación. Representa la negación misma del amor sin límites.

Toda separación originada por una falta de amor es pecado, cualquiera que sea su forma. Y todo pecado es separación. La separación es “el” pecado.

Separarse, convertirse en extranjero o seguir siéndolo para el “otro” va contra el sentido de la evolución de la vida. Los animales primitivos se aislaban bajo pesados caparazones. Se guarecían detrás de sus poderosos instrumentos de defensa. Poco a poco y cada vez más, han perdido estos medios defensivos pero han desarrollado su sistema nervioso. Han extendido sus contactos. El hombre es el menos protegido de los vivientes pero el más abierto a la comunicación. Todo esto ha sido querido por el Señor-amor.

La ciudad cerrada es, en algún, caso, una persona o un grupo de personas a las que quisiéramos acercarnos y con las que quisiéramos entrar en una relación amorosa. Pero la ciudad ha cerrado sus puertas ante nosotros.

¿Qué hacer? ¿Tomar al asalto las murallas? No.

Es preciso, en muchos casos, dar la vuelta a la fortaleza siete veces, setenta veces siete, en silencio, con una cautela respetuosa y afectuosa, sin dejarnos impresionar por las piedras y las injurias que puedan arrojarnos. Y, sobre todo, en este circuito nos hace falta llevar con nosotros el arca de la alianza, el arca de nuestra alianza con el Señor-amor, es decir, todo eso que en el interior de nosotros tenemos de más sagrado y de más generoso.

Y así hasta que el Señor-amor nos diga: "He puesto ahora a éste o a éstos en tus manos. He destruido el muro de separación. Te los doy. Te doy a ellos".

Quizás lleguemos al final de nuestra vida sin haber visto capitular a aquellos a los que llamábamos al amor. Pero en lo que a nosotros se refiere, habremos en cierto modo, salido vencedores. Ase-diando así a los aislados voluntarios con las fuerzas del solo amor habremos derruido nuestras propias murallas.

¿No estaba nuestra misma persona atrinche-rada también frente al amor? La fortaleza hostil es, en primer lugar mi "yo-mismo".

Los muros de la ciudad cerrada no se han cons-truido en un día. Esas construcciones exigen años. Frecuentemente debido a una lenta segregación acumulada se produce la sordera. Del mismo modo, piedra a piedra, día a día, año tras año he edificado un muro de egoísmo cada vez más alto.

Me he aislado con un doble recinto: primero la muralla, visible a todos, de mis palabras y de mis acciones negativas; después la muralla invisible, todavía más funesta, de mis pensamientos obstina-damente fijos en mí mismo.

La ciudad fuerte construida por mí ha sido sitiada. Nuestra ciudad cerrada, la de cada uno de nosotros, ¿quién la asedia? Los otros hombres. El amor.

No somos nosotros los que podemos fácilmente destruir nuestros propios muros. No podemos levantar las piedras una a una. Pero el Señor-amor nos rodea constantemente, pacientemente. Nues-tras barricadas no serán demolidas por mano de hombre. No bastarán ligeros retoques. Hace falta una demolición profunda que libera. Hizo falta un temblor de tierra para hacer rodar la piedra que cerraba el sepulcro en el huerto. Nuestros muros no caerán más que quebrantando sus cimientos.

¡Señor-amor, dame la gran sacudida inicial! La percusión de una piedra contra otra piedra hace saltar la chispa. ¡Que el choque producido por la quiebra de los muros de separación encienda en mí el incendio deseado y me haga partícipe de la zarza ardiente! ¡Que todos estos miserables lími-tes queden abolidos por la gran entrada del amor sin límites!

EL EXTRANJERO

Ha llegado a uno de los grandes bloques de las afueras al caer de la noche. Ha alquilado una habitación por algunos días.

A los ojos de todos, parecía sonriente, a gusto, familiar, sin abandono. A todo al que hablaba le producía la impresión de que aquel hombre le conocía desde hacía tiempo, que existía verdaderamente para él y que le era de una suprema importancia.

Su palabra iba directamente a aquello que había en cada uno de más profundo y de más secreto. Sus preguntas inesperadas conmovían, a veces, como un choque. Parecían, a la vez, inquietantes y deseadas.

Una mujer le preguntó:

- Dígame francamente: ¿Qué le parezco?
- No es justa consigo misma.
- ¿Qué quiere decir?
- Dígame: ¿por qué tanto rojo en los labios y tanto rimel en las pestañas?
- Es que el tiempo pasa y me gustaría parecer bella.
- Si supiese qué bella es, no recurriría a estos medios. Hay en usted, escondida, una

belleza posible de la que no tiene ni idea. La consciencia de esta belleza no se ha despertado en usted. No ha podido traducirse en su rostro. Deje que esta belleza interior se imponga. Se hará transparente a través de los ojos. Usted será de una belleza irradiante.

A un sirviente, un humilde refugiado, le dijo:

— Parece tan solo.

— No tengo a nadie. Ni siquiera he conocido a mis padres.

— ¿Qué? Sí les ha conocido.

— Ellos no me conocen en absoluto. Pero yo les he conocido sin que me vean. No les he perdido de vista nunca. ¿Le han hablado de mí?

— En la casa de mi Padre se preguntan frecuentemente por usted.

— Pero yo soy un niño recogido. No sé donde he nacido.

— ¿Sabe que un Dios ha nacido en un pesebre? Poco importa donde se nace.

— Pero yo no estoy seguro nunca de tener un albergue. En esa casa de su Padre, ¿habría un sitio para mí?

— Sí, en la casa de mi Padre hay muchas moradas.

— ¿Dónde vive usted?

— Venga y lo verá.

A una mujer muy respetada que iba a un lugar de oración con el libro sagrado en la mano, le dijo:

— ¿Sabe usted usar este libro? Tiene un gran lugar en su vida. Lo abre para encontrar

una respuesta a sus preguntas, una esperanza en sus ansiedades, una consolación en sus penas. Y eso está bien, pero este libro no es principalmente para eso. No existe para que le pregunten. El libro es el que ha de preguntarle acerca de usted misma y darle una palabra probablemente inesperada. No se pregunte demasiado si el libro la escucha, sino esfuércese en escuchar al libro como se escucha la voz que grita en el desierto.

A una mujer joven que acogía todas las solicitudes sin encontrar la felicidad le decía:

— Su error no está en amar demasiado; por el contrario, no ama suficiente. Piensa que está liberada de todas las fronteras y no ama más que en los límites yendo de unos a otros. Cada vez que cree amar, se aísla, se encierra en una prisión para dos como si solos los dos existiesen. Interrumpe de esta manera la gran corriente de amor que debe animar a todas las almas; se asfixia. Abra sus ventanas y ame en dependencia del amor absoluto, en comunión con el amor infinito, con Dios.

Después de algunos días, el extranjero dijo que se iba a marchar. Los que habían hablado con él se entristecieron. Alguno le preguntó:

— ¿Por qué se va?

— Porque he terminado lo que tenía que hacer aquí. Tengo que hacer lo mismo en otras partes.

- Pero, ¿por qué ha venido aquí?
- He venido aquí para amar. Nada más.
- Nos sentimos unidos a usted. Algo ha cambiado aquí. Le echaremos de menos.
- No me voy. No estaré ausente. No se quedarán sin mí.
- ¿Qué quiere decir?
- Si prueban a pensar y a obrar con el mismo espíritu que yo, me encontrarán siempre.
- Pero ¿quién es usted?
- No diré mi nombre ahora. A los que quieran vivir en mi memoria, a estos solamente, se les dará el saber quién soy yo.

GRACIA PREVINIENTE, EXIGENTE

Señor-amor, ¡no vayas tan deprisa! No puedo seguirte. Vas demasiado deprisa para mí. Espérame, déjame alcanzarte. Pero, Señor, no te has parado ni aflojado tu marcha.

Señor, te veo tomar el camino de mi casa. Señor no te esfuerces en ir hasta donde vivo. Me apresuro hacia ti. Podríamos hablar en el camino, pararnos. Sería menos agotador para mí, y me sentiría menos confuso. Pero ya estás entrando en mi jardín.

¡Señor, soy demasiado indigno para tenerte bajo mi techo! Has abierto la puerta y cruzas el dintel.

¡Señor, nada está aderezado en mi casa, no hay nada dispuesto para recibirte! Pero ya el amor sin límites ha entrado en la sala y me dice: "Ponte a la mesa. Quiero cenar contigo".

AMIGA DEL BIENAMADO

Se mueve sin ruido y rápidamente, graciosamente, en medio de los tumultos.

Rompe a veces el silencio, pero siempre parece envuelta en el silencio.

Está en este mundo pero parece pertenecer toda ella al mundo de la gracia.

Su figura está dulcemente iluminada por la luz invisible y se hace resplandeciente para los que la miran.

Con mano fuerte y ligera, toca, maneja todo lo que nosotros tocamos. Ve lo que no vemos. Oye lo que no oímos. Nunca está disminuida.

Cuida las heridas. Sirve la mesa. Sus gestos son justos y precisos.

Se queda de pie entre los que están sentados. Sigue también de pie entre las y los que se alejan. Su corazón vela en la noche por los que duermen.

Vela. Y despierta. Despierta el amor entre los que allí están sin amor. Trasmite el amor a aquellos que toca con su mirada o su mano.

Bebe sin cesar de la fuente.

Se da con atención apasionada.

EN EL HORNO

Hijos míos, queridos. Sé qué dificultades soportáis para conciliar el amor sin límites con la pena de los hombres, con el dolor del mundo.

Quisiera ayudaros a entrar en este misterio. Lo que os quiero decir está contenido en esta frase: el amor es un Dios que sufre. Os hablaré del sufrimiento del amor.

¿Sufre Dios? No imaginéis ni un instante que pueda ser disminuido o vencido. Rechazad toda concepción de un Dios limitado, finito. El amor sin límites no puede ser un Dios limitado. No dejéis de creer en mi omnipotencia esencial. Hace falta solamente discernir mejor las condiciones en las que ejerzo.

No se trata, en modo alguno, de un sufrimiento impuesto a Dios y que Dios lo sufriría. Nada me puede ser impuesto. No puedo sufrir ninguna coacción exterior.

Vuestro Señor-amor es un Dios vencedor.

Tomo sobre mí, cargo en mí todo sufrimiento humano. Pero es para superarlo. No sufro el sufrimiento sino que libre, espontáneamente, asumo el sufrimiento de una manera que me es propia.

Rechazad la imagen de Dios sentado en un

trono celeste que asiste impasible a los combates que se desarrollan en la tierra. Estoy en medio de los combatientes. Tomo parte en la lucha contra la potencia de las tinieblas, contra el príncipe de este mundo, esta lucha en la que todo mal y sufrimiento son episodios. Digo que lucho; esto significa que no quito a los hombres la libertad de elegir entre el amor o contra el amor. El amor no tendría que imponerse por la fuerza. Tengo las manos atadas; las únicas armas de las que me sirvo son la persuasión y la gracia.

En este combate recibo heridas; me hieren cada vez que hay una negación opuesta al amor. Pero las heridas no me son inflingidas como a una víctima pasiva. Voy delante de ellas. No las recibo. Las “tomo” en el sentido literal de la palabra. Mi naturaleza divina no resulta afectada, pero sí me afecta en mi contacto, en mi unión con la naturaleza humana. La tormenta se ensaña al pie de la montaña, pero la cima sigue rodeada de luz.

A veces sucede que, según las apariencias, estoy muerto en ésta o aquella alma en que está ausente en absoluto el amor. Pero Dios no puede estar muerto. La muerte, este último enemigo, será vencido, pues el amor es más fuerte que la muerte y ni las aguas caudalosas podrían ahogarlo. La Pasión y la Resurrección están indisolublemente unidas. Cuando dices de verdad: “Amo”, y sobre todo: “Amo al amor” has alcanzado ya la experiencia de lo que es eterno.

De manera más precisa: ¿Cómo es posible que entre en el sufrimiento de los hombres ya que el sufrimiento no entra en mí? Soy el ser, doy el ser, todo lo que el ser tiene lo tiene por mí. Todo lo que

afecta al ser recibido, participado, sea lo que sea, afecta también —de otra manera, pero realmente— a mi Ser. El Ser “conoce” todo lo que es. No conoce desde fuera, desde el exterior como nosotros conocemos, sino que conoce desde dentro, desde el interior. No basta con decir que es un conocimiento de simpatía. Es coincidencia, identificación, vida con todo lo que ocurre, ya que yo proporciono su fundamento a todas las existencias.

Conozco pues todo sufrimiento más íntimamente, más profundamente que el que lo sufre. Conozco “vitalmente” lo que cada ser experimenta, sin que por eso mi Ser sufra alteración. Ningún aspecto de cualquier sufrimiento me es extraño, ni está fuera de mí. Me aflijo con todas las aflicciones de los hombres desposándome con ellas al máximo, sin que muerdan mi naturaleza ni la corrompan o disminuyan. Cada aflicción humana desencadena en mí un nuevo impulso de amor que quisiera arrastrar en su torrente todo lo que es negativo.

Madre que has perdido a tu hijo, esposa que has perdido a tu marido, joven que has perdido a tu prometida, enfermo al que tortura el cáncer, prisionero en un campo de concentración, prisionero del alcohol o de los estupefacientes o de una sexualidad egoísta... Me inclino sobre vuestra miseria. ¡Si supiéseis que yo no he querido esto y que todo es consecuencia de las obras del enemigo y que invisiblemente lucho en vuestro favor! Preparo para vosotros una salida de luz. Ahora es la hora y el poder de la noche; el tiempo de su derrota todavía debe quedar en secreto. Pero mi amor vencerá las resistencias y enjugará las lágrimas. Se

descorrerá el velo y entonces veréis, comprenderéis, elegiréis.

¿Es que habéis llegado a creer que el Dios-amor iba a ser indiferente al grito de los hombres? ¡Sabéis tan poco de vuestro Dios! El amor ha venido hasta vosotros en la forma de servidor sufriente y su vida entregada, inmolada, expresaba visiblemente el gran deseo divino. Mucho antes de toda la eternidad había aceptado y preparado un sacrificio en mi corazón. Incluso hoy, hay una pasión secreta y continua del amor causada por el rechazo de sus inspiraciones, por la sordera ante sus iniciativas. La paloma no encuentra lugar donde posarse en una tierra fangosa. Vuestro Señor-amor no tiene más que un deseo: dar constantemente su vida por todos los que ama. No hay amor más grande...

El lenguaje humano puede expresar mal estas cosas. Las realidades divinas superan enormemente las palabras de los hombres. Los secretos de mi corazón no se demuestran. Pueden, en alguna medida, ser adivinados por esas intuiciones, por esas revelaciones, que alcanzan los que quieren amar y servir al amor. Yo no sufro humanamente, sufro "divinamente". En vuestro estado actual no podéis dar una precisión intelectual a estos términos. Lo que los nombres no pueden lograr lo sugiere mejor una imagen, un símbolo. Recordad aquel rey de Babilonia que hizo arrojar en un horno ardiente a tres jóvenes porque se negaban a adorarle. El rey fue a ver lo que les había sucedido, y vió que los jóvenes caminaban por el horno y con ellos, otro, un desconocido, semejante a los hijos de los dioses...

UNA SONRISA, UNA MIRADA

El amor sin límites emplea medios, muy simples, para establecer contacto. Las palabras no son necesarias. Basta, si son puras y verdaderas, una sonrisa o una mirada.

Una sonrisa, una mirada... Dos medios de expresión infinita. Expresión silenciosa y profunda de nosotros mismos. Unión con aquellos a los que no dirigiremos nunca la palabra o que no veremos otra vez.

Te miro a ti, desconocido o desconocida, a ti, que Dios ha puesto en mi camino. Dios en silencio os hace vivientes ante mí, presentes a mí. En tus ojos he entrevisto tu alma. Mi mirada te lleva mi alma.

Sumergido en el "otro". Soy en ti. Tú entras en mí. Entre nosotros se hace real una comunión. Su nudo, su término último es el rostro de Dios visto a través de nuestros semblantes.

Se cambia una sonrisa. Esta sonrisa distiende los labios que estaban cerrados. Despega los dientes que estaban duramente apretados. Entre nosotros ha comenzado algo, algo que dejaremos en lo sucesivo en manos de Dios. Se ha abierto una puerta.

A ti, de quien he recibido hoy una sonrisa o una

mirada verdadera y pura... Tú que has recibido de mí una sonrisa o una mirada verdadera y pura —subrayo estas palabras tan importantes: *verdadera y pura*—, a ti, te bendigo en silencio.

Pido al Señor-amor que, brotando del encuentro de nuestras almas en silencio, aparezca una luz de oro que ilumine esta jornada.

CIEGO Y SORDO

Señor-amor, te he pedido abrirme a los otros. Y sin embargo tú me haces comprender que tu servidor debe ser también ciego y sordo. Viendo como si no viese y oyendo como si no oyese.

Amor, hazme sordo. Cierra mis oídos a las acusaciones, a todas las burlas que oigo proferir contra otros hombres.

Amor, hazme ciego. Cierra mis ojos a las debilidades de los hombres. Debo reprobarme claramente lo que hace malo un acto o una palabra pero no tengo el derecho de juzgar y de condenar al que habla, al que hace. Señor, tú sólo conoces. Tú lo sabes todo.

Tu enviado no quiso mirar a aquella mujer sorprendida en adulterio mientras se la acusaba; no la miró más que cuando se quedaron solos. Durante la acusación se inclinaba sobre el suelo. Callaba y escribía.

Con esta actitud cerró la boca a los acusadores. Con esta actitud ha cerrado para siempre, por los siglos de los siglos, la boca a todas las acusaciones.

LA ESTRELLA DEL MAR

Hijo mío, todo es gracia y esta generación no se equivoca cuando se levanta contra una concepción jurídica de la salvación.

La simple consideración de la situación presente lleva, no obstante, a caminos sin salida. Se pretende hablar de un amor liberador y se le aprisiona en el momento dado. Se pretende ignorar lo que rebasa el caso concreto y, lejos de alcanzar el amor sin límites, se imponen nuevos límites.

Es verdad que, en el mundo del alma, no se repiten nunca las mismas circunstancias. Cada situación es única. No puede reducirse a un cuadro rígido.

Pero quien no reconoce más que la necesidad del momento, corre el peligro de no ser más que el instrumento de su propio deseo.

Hace falta superar a la vez la situación aislada y la fórmula sin variante. Por encima de la ley, que no es más que ley, por encima de la situación, que no es más que situación, hay que encontrar una "inspiración", la mirada hacia una realidad trascendente a la vez suficientemente flexible para que pueda adaptarse a las circunstancias particulares y sin embargo universal para que pueda "aclarar" todos los casos.

El amor sin límites responde a estas dos exigencias. No remite secamente a un texto. Ofrece la “inspiración” y la “orientación”. A todas las cuestiones prácticas que puedes plantear, el amor da la misma respuesta: “Amarás, amarás de todo corazón”. No precisa las técnicas, pero indica el espíritu. Es, en cada caso, el criterio supremo. La opción mejor es la que implica más amor.

Hablo, hijo mío, de un amor auténtico, del amor que viene de Dios y que va hacia Dios pasando por los hombres. Se trata del amor verdadero y dado, completamente distinto de la sacudida emocional del momento.

Aprende, hijo mío, a discernir donde está el amor. Considera y aprecia las situaciones a plena luz. Una situación puede parecer “regular” a los ojos de los hombres y no ser en modo alguno regular a los míos. Una situación puede ser válida ante todas las leyes y ser, sin embargo, inválida ante mí. Por el contrario, tal situación que los hombres pueden juzgar irregular o culpable no tiene falta ante Dios. Ninguna autoridad humana es juez del amor. Soy yo, el Señor-amor, el único juez infalible de los corazones.

Acuérdate siempre de esto. Mira cómo mis pobres hijos se debaten en la confusión cuando tratan los problemas más personales, más íntimos. No disciernen entre la verdad interior y una situación. No reconocen dónde está el amor auténtico. Considera, por ejemplo, en lo que se refiere al matrimonio, al divorcio, al adulterio... ¿Dónde está la verdad, dónde está la intención, dónde está el consentimiento real? Más allá, por encima de las

formas exteriores más correctas, cuántas veces todo se asienta en la mentira. ¿Dónde está la letra? ¿Dónde está el espíritu? ¿Dónde está lo que mata? ¿Dónde está lo que vivifica? Hijo mío, camina en la verdad. Marcha en la luz.

Cualquier decisión puede conllevar un gran sufrimiento. La mayor parte de las veces este sufrimiento aceptado señala la solución del problema. En la mayoría de los casos, la mejor solución es la que exige un real sacrificio. Todavía tienes que aprender los “valores del perder”. El sacrificio, invirtiendo los límites más admitidos, los más seguros en apariencia, es la máxima expresión del amor.

Hijo mío, un navegante puede conducir su barco de muchas maneras. Puede navegar “al tuntún” teniendo en cuenta solamente el aspecto inmediato del mar y su experiencia acumulada, poniendo la vela como buenamente le parezca. Este método puede llevar al puerto o al naufragio. El navegante también puede tomar la altura, ajustarse a los mapas y a los instrumentos, pero si no se decide, en ciertos casos, a modificar el itinerario, a apartarse algo de la ruta trazada al comienzo del viaje, también irá a la catástrofe. El método primitivo de dirigir un barco por la única observación de las estrellas daba un punto de referencia cierto pero, al mismo tiempo, dejaba al navío la libertad para escoger los medios de ser fiel a las directrices de los astros.

Así, el amor elude las conductas de abandono y las mecánicas. Es la estrella del mar. Luce para nosotros guiando sin imponerse.

La estrella también tiene una trayectoria fija. Ardiente y constante, va hacia su objetivo sin desviarse. Pero, generosa y sin límites, difunde por todas partes sus rayos. Así marcha mi amor.

EN EL MAR INMENSO

El río desemboca en el mar. En ese momento ese río deja de existir.

El río ha dejado de existir como tal río y, sin embargo, cada gota del río subsiste en el mar donde desembocó.

Las gotas de agua del río se unen íntimamente a las gotas de agua del mar. Han perdido su forma, su estructura propia. Se han transformado profundamente. Sin embargo lo que eran no ha dejado de ser.

La esencia de cada gota de agua del río subsiste. No puede perecer. Pero esas gotas forman ahora parte del agua del mar. Sus anteriores límites han desaparecido. ¿Quién podría definir sus dimensiones presentes? Han sido “sublimadas” en una realidad más grande cuyas propiedades son completamente nuevas.

El amor sin límites deja abolidas las ordenanzas en tanto que ordenanzas. A la vez va hacia el cumplimiento de la plenitud de lo que es el fin profundo de la ordenanza.

Así sucede con la ley y la gracia, con la letra y el espíritu, con la fórmula y el acontecimiento, con la imagen estilizada y la llamada viva del Dios hecho hombre.

A aquellos que necesitaron los mandamientos escritos en tablas de piedra ¿les habrían hecho falta tales piedras si se hubiesen arrojado a la llama de la zarza ardiente?

El amor sin límites es el mar inmenso, donde perfeccionándose, la ley acaba.

LO PURO Y LO IMPURO

También yo, Señor-amor, como tu servidor Pedro en la terraza de Joppe, veo descender del cielo un mantel anudado en las cuatro esquinas y cargado con todos los manjares terrestres.

Esto es para mí el espectáculo de todas las cosas que hay en mi entorno y veo que los hombres las desean y parecen vivir de ellas. Muchas son buenas. Muchas se presentan como propias del amor, pero contradicen al amor.

Señor, la cuestión de lo puro y de lo impuro, en su sentido más amplio, se plantea así ante mí.

¿Debo, con un buen escobazo, rechazar esta mezcla y decir: “¡Lejos de mí todo esto! No tocaré lo que está manchado”? ¿Debo apartar de mí a las unas y las otras para borrar esta distinción en el pasado y en el presente? ¿Les diré: “No quiero conocerlos. Quiero ignoraros a vosotros y a lo que hacéis”?

O, ¿debo intentar ir con ellos, con ellas, lo más lejos posible a lo largo de su camino? ¿Me empeñaré en un camino de compromiso mental, sino físico? Señor-amor, ¿qué tengo que hacer?

Hijo mío, quiero enseñarte lo que pocos conocen. Quiero enseñarte a adorar al amor sin límites

incluso en el pecado que comete el pecador. Seamos totalmente claros en esto. Hijo mío, tú sabes que yo no puedo aprobar el pecado. No puedo animar al pecador a pecar; esto no puede ni plantearse. ¿Pero no estoy, de cierta manera, presente y actuante en el acto mismo del pecado?

Con esto no quiero decir solamente que, condenando el acto del pecado, sigo amando a la persona del pecador. Hay más.

Todo lo que sucede, el mal como el bien, tiene sus raíces en el ser divino. Y es que Dios da —mejor, presta— el ser a los hombres que continúan existiendo en el mismo momento en que cometen un pecado. En ese momento, hijo mío, podría retirarles el ser. Podría destruirlos. Pero los mantengo en esta existencia que han recibido de mí, incluso si vuelven contra mí el don que les he hecho.

Más aún, en mi infinita misericordia, en mi amor sin límites por los hombres, admito que ciertos elementos positivos separados del egoísmo, obrando sobre un don, una ternura auténtica, pueden penetrar en el pecado sin confundirse con él. Una chispa de la zarza ardiente puede penetrar en ese pecado. Compréndeme bien, hijo mío. No digo que esa chispa haya abolido lo que era una violación del amor absoluto. No digo que tenga un efecto redentor que dé a todo el acto de ese pecado la conversión al amor y a sus claras exigencias. Pero el amor sin límites ha abierto una puerta; en cierta manera, ha entrado. Se ha como infiltrado en una situación “separada” del amor total. Ha depositado en un alma, quizás en dos, gérmenes poderosos que podrán un día desarrollarse en frutos de salvación.

Hijo mío, entre las cosas llamadas “impuras” no están solamente las que he purificado y las que no han sido purificadas. Hay también —y esto es lo que se desconoce— las cosas que están en trance de purificarse.

Lo importante es el reconocimiento adorante de mi presencia en un acto “culpable” y, al mismo tiempo el separar radicalmente de esta presencia todo lo que es extraño al amor sin límites y lo que va a su encuentro. Aprende a distinguir los caminos inesperados y siempre nuevos por los que me revelo sin alteración y sin mezcla. Me revelo como el compadecedor.

Hijo mío, ante un mantel cargado de manjares puros e impuros mantente como teniendo en la mano una espada que separa los elementos enteramente negativos de los elementos positivos presentes en las faltas o alrededor de las faltas. Asimila todo lo que en el pecador, a través de todas las desviaciones, viene de mí y continúa siendo mío. Descubre la acción secreta de mi absoluta pureza, de la generosidad del amor en medio de las impurezas y de los egoísmos visibles. Unete a mi esfuerzo por transfigurar lo que no es mío. Por tu oración fraternal, por tu simpatía, no por el pecado, sino por el pecador, participa en mi obra de purificación.

NO IMPORTA OTRA COSA

Hijo mío, ya te lo he dicho, la verdadera conversión es conversión al amor.

Ninguna otra cosa importa. Si tienes amor, lo tienes todo. Tienes toda la ley y los profetas; has entrado, aunque no definitivamente, en la vida eterna.

Ninguna otra cosa importa: Que otros sean más inteligentes que tú, que otros sean más atractivos, que otros sean más sensibles que tú a la belleza exterior, que otros se rían de tu mediocridad y de tus torpezas.

Acepta esto con buena voluntad, muy humildemente. Nada importa, si tú tienes amor. Deslízate voluntariamente, sin ruido, al último puesto. A ti se te ha dado el amor. Para ti queda el amor. Allí estará tu alegría. ¡Que permanezca en ti esta alegría!

Esconde en ti tu tesoro, pues tú has encontrado el tesoro escondido, lo único necesario; nadie te lo podrá quitar. Te podrán considerar el más pobre de todos, pero, yo, tu amor, tu Señor, te hago infinitamente rico.

Has adquirido la perla preciosa; has descubierto la dracma perdida. Permanece humilde y silen-

cioso poseyendo el mundo; posees el mundo porque amas.

Has conocido demasiado tarde el amor sin límites. Demasiado tarde has llegado al divino secreto del universo. Dabas vueltas alrededor del centro, sin ver ese centro. Y ahora no debes tomar ningún camino que no vaya hacia mí.

El hombre vive solamente allí donde respira. Tú, sin embargo dices: "Vivo solamente cuando puedo amar, allí donde puedo amar".

AMOR, ENSEÑANOS A ORAR

Hijo mío, no discutas sobre las formas de oración. Deja para otros distinguir grados y técnicas. Tú sé agradecido con los que nos han sabido comunicar la riqueza, la llama viva de su oración, pero desconfía de las teorías que entorpecen y atascan el simple impulso de amor.

Hijo mío, ¡es todo tan simple! La oración no es otra cosa que este impulso de amor que puede expresar el infinito en una fracción de segundo.

El núcleo de toda oración es un acto de amor. Algunas palabras, pocas palabras, una sola palabra es suficiente para dirigir el impulso de amor.

Cuando con toda tu alma dices: "Te amo" o "Dame tu amor" o simplemente: "Amo", cuando te has unido así al amor universal, lo has dicho todo.

Según los lugares y las circunstancias, y por no contristar a otros, podrás usar paráfrasis y adaptaciones dignas del impulso de amor: en esto se mantiene lo esencial.

Amor infinito, pon en mis labios la palabra de amor dirigida al Amor.

PORTADOR DEL FUEGO

Señor-amor, iré al encuentro de aquéllos y aquéllas que han naufragado y están transidos de frío.

Encenderé para ellos un hogar en el que encuentren acogida y bienvenida. Los recibiré en mi propia casa sin acepción de personas. Les abriré todas las puertas. “¡Portones levantad vuestros dinteles! ¡Alzaos puertas eternas!” Dejad entrar al Rey de la gloria, al amor sin límites.

Llevaré conmigo la brasa ardiente para fomentar hogares en todas partes. Por la mañana, al salir de mi casa, preguntaré: ¿Cuántas barreras va a derribar hoy mi Señor-amor para que haya un amor más grande? ¿Qué puertas voy a abrir yo hoy al amor sin límites? ¿Qué fuego voy a encender hoy? ¿Para quién voy a encender un fuego?

Diez mil antorchas y otras diez mil y muchas más que no puedo contar y que se alimentan de la llama única. Veo por todas partes arder fuegos que el mismo amor ha encendido.

En todas partes donde un alma se ha dejado invadir por el Señor-amor; en todas partes, también en las calles, en las plazas, a lo largo de los cercados, entre los pobres y los enfermos, los prisioneros, los vagabundos y los sin hogar, hay un impulso de sacrificio en el que hombres y mujeres

se inclinan amorosos hacia los abandonados y se levantan contra la injusticia. La llama sagrada se propaga. Ahí están los servidores del amor.

Señor-amor, encuentro en cada momento a estos hombres y a estas mujeres que no conozco pero en los que veo la generosidad y la nobleza sencilla. Quizá no crean; quizá no sepan tampoco lo que yo sé. Pero interiormente les digo: “Benditos seáis. ¡Me habéis hecho tanto bien! También yo quisiera hacerlos un poco de bien”.

Lo que éstos y éstas han hecho, ¿no lo podré hacer yo nunca?

Pero, ¿cómo me atreveré a soñar con encender hogueras, yo, que no tengo en las manos más que mi pobre leño verde y húmedo y algunos tizones moribundos? Yo, que fracaso al hacer cosas buenas y ordinarias, ¿cómo haré cosas extraordinarias?

Hijo mío, lo que importa no es lo poco que tienes en tus manos. Lo importante es, con lo poco que tienes en tus manos, acercarte al verdadero hogar, al único hogar que es mi Corazón. Entonces tus tizones mortecinos se reavivarán y tu leño verde se secará. Piensas que no puedes hacer casi nada. Prueba a hacerlo de una manera extraordinaria. (No digo de forma espectacular). Concéntrate en lo más ordinario, en lo más ínfimo. Haz las cosas ordinarias de manera extraordinaria, es decir, amando. Amando extraordinariamente. Entonces la chispa brotará; entonces el fuego “prenderá”, entonces el fuego “te” prenderá; entonces comenzarás a ser portador de fuego.

LA MUJER VESTIDA DE LUZ

Señor-amor, te doy gracias por el principio femenino que has puesto en tu universo y que has asociado íntimamente a la salvación del mundo. Frecuentemente por él, más que por la fuerza viril, nos has revelado ciertos aspectos del amor divino, del amor humano, del amor cósmico.

Mujer frecuentemente impulsiva, frecuentemente imprudente, tú que con frecuencia has sido seducida y con frecuencia has sido seductora, bendita seas, cuando también frecuentemente tú eres la inspiradora de lo mejor.

Bendita seas, cuando por intuición, con facilidad, vas a las profundidades y captas los valores más altos y nos atraes dulcemente hacia ellos.

Bendita seas, mujer que, más allá de lo que es lógico y objetivo, sabes a menudo alcanzar el pensamiento divino, el amor pensante que planea tan por encima de la razón pura; tú, que teniendo el don de la simpatía, puedes coincidir tan pronto con los otros.

Bendita seas, mujer de quien la naturaleza es esencialmente amante, tú que pareces, por instinto, abrirte a la gracia de ir hacia el amor sin límites.

Bendita seas, mujer que eres acogida y recepti-

vidad. Mujer cuyo fin no es en absoluto el rendimiento, la producción, el trabajo de las cosas, sino el vivo sentimiento y el cuidado entregado de lo que es viviente.

Pensar en ti en estos términos es, sin duda, provocar la ironía de muchos hombres y la irritación de muchas mujeres, pero persistiré en ver primero en ti a la Mujer envuelta en sol.

Bendita seas, sobre todo, entre todas las mujeres, Mujer única que has sido a la vez Virgen perfecta, Esposa amada y amante fecundada por el Espíritu, la Madre del Dios hecho hombre, hermana para todos nosotros, nuestra Madre, de todos.

Bendita seas, tú en quien no hay ningún lastre sino en quien todo es gracia, tú que extiendes sobre el mundo como un velo tejido de oro, tú que llenas el universo de una invisible bondad, tú en la que podemos respirar la presencia como un aire ligero y una brisa sutil, tú que velas sobre nuestros cuerpos frágiles y sostienes nuestros corazones débiles.

¡Enséñanos cada día la ternura!

DAME TU CORAZON

Entonces, Señor ¿es esto? ¿Verdaderamente es esto? ¿Es solamente esto? ¿Están aquí toda la ley y los profetas? Amar con todo su corazón... Amar a aquel que nos ha amado el primero, amar todo lo que él ama, a todos los hombres, a todas las mujeres, a toda criatura...

Sí, hijo mío, es esto y... es todo. Todo el “resto” no vale más que como expresión, aplicación —bajo tantas formas diversas— de este impulso inicial que es mi amor sin límites.

Aquí está el criterio de todo pensamiento bueno, de toda palabra buena, de toda acción buena. Cuando admites tal pensamiento, cuando pronuncias tal palabra, cuando cumples tal acto, ¿puedes decir que amas con todo tu corazón?

No te digo, hijo mío: “Es fácil”. El filtro es riguroso. Pero digo: «Es sencillo. ¡Es tan sencillo!» Es una cuestión de integridad.

Se trata de ofrecer al amor tu corazón entero. Un corazón del que se pueda decir que es puro como se dice de un vino puro. Un corazón sin división, sin mezcla, sin partición.

Se habla a menudo de pureza, de castidad en sentido negativo. Se reduce todo a una cuestión de abstención. Pero un corazón verdaderamente

puro, verdaderamente casto es un corazón entero, integrado, sin fisura, que se ofrece al amor —a Dios y a los hombres— totalmente, en su “integridad”.

La esencia del pecado contra la pureza, hijo mío, es ofrecer o parecer ofrecer a Dios, a un hombre, a una mujer, un amor falsificado, un amor que no sea o no pueda ser integral, un corazón que no esté unificado.

Hijo mío, en el principio ha habido, hay siempre un corazón... un corazón que no ha cesado de latir por ti. ¿Quieres darme tu corazón?

Los trasplantes de corazón que en nuestros días han sido posibles son el maravilloso signo de una realidad espiritual. Dar su corazón a otro, recibir el corazón de otro... Es la parábola del triunfo del amor sin límites. Pero aún hace falta que el organismo entero esté preparado para recibir al corazón nuevo.

Dame tu corazón. Hijo mío, el universo entero grita así hacia mí. Ese grito es todo sufrimiento humano, toda apertura humana de buena voluntad, todas las convulsiones humanas que tienen necesidad de que las comprendas, que intercedas por indigno que seas. ¿No oyes ese gran grito?

Dame tu corazón. Pero tú también pídemelo mi corazón. Si me ofreces tu corazón haré que lata con el mío para todos y por todos.

Hijo mío, recibe esta palabra y bebe en la copa: con todo el corazón, con mi corazón.

Desde la zarza ardiente el Amor habla: “Queridos, quisiera revelaros mi esencia, mi presencia y encender en vosotros una visión viva de mí mismo”.

Soy el amor sin límites. No conozco ningún límite en el tiempo. No conozco ningún límite en el espacio. No hay lugar donde no esté. No hay momento en el que no exprese lo que soy, que yo soy. Soy el origen y la razón profunda. Soy el impulso (a veces demasiado rechazado, desviado) de lo que vosotros sois. Soy vuestra verdadera vida.

El mundo no me contiene. Pero sin que me confunda con el mundo, el mundo está contenido en mí. No me confundo con vosotros y, sin embargo, puesto que vuestro ser lo tenéis de mí y también toda gracia, estoy en vosotros: yo soy vosotros mismos.

Muchos son míos y sin embargo no tienen conciencia de este gran arrebatado de amor que viene de mí y arrastra al universo. Sus ojos no tienen más que una visión restringida, exigüa. No sienten que la tierra tiembla y que el mundo entero vibra por el soplo del Espíritu.

Queridos: ajustad vuestros sentimientos al

soplo, a los toques divinos. Sed las cuerdas vibrantes que transmiten mi amor sin límites. Sintonizad con toda voz humana. Esforzaos por recorrer toda la gama de sonidos que cada voz puede emitir hasta que vuestras voces hagan sonar el mismo canto, puro y justo.

Quiero deciros algo que, a primera vista, puede asombrar y escandalizar. Sed lo que yo soy. Diréis que la criatura no puede ser lo que es su Creador. Es verdad. La naturaleza divina y la naturaleza humana no pueden ni identificarse ni confundirse. Pero existe el don, la comunicación. He querido comunicaros lo que hay en mí. He querido entrar en comunión interior y en comunidad visible con vosotros. He querido haceros partícipes de mi ardor y de mi incandescencia: en una palabra, de mi amor.

Sed lo que yo soy. Sed amor. No os es posible alcanzar la plenitud del amor. Pero os es posible a cada uno, y siempre, orientaros hacia él, tender hacia él, dar algunos pasos por la vía sagrada. Habrá muchos obstáculos muchas caídas, muchos accidentes. Pero toda voluntad de darse al amor, todo movimiento verdadero de amor tiene un valor infinito.

Las caídas pueden acumularse, pero hay que volver a empezar a amar.

Mirad hacia las más altas cimas del amor. Las veréis tanto mejor cuanto más profundamente sumergidos estéis en un abismo de humildad postrándoos ante el Amor con la confianza de un niño pequeño, pidiendo perdón por todo, esperándolo todo, amándolo todo. Cuanto más os abajéis, seréis más dulces y puros y más iluminará vuestro horizonte la llama del amor sin límites haciéndoos

ver todas las cosas en su sitio, en su verdad, como yo las veo.

Los que yo quiero mucho están situados en planos diversos, en distintos estratos. Pero yo soy el Amado de todos. Me encuentro en todos los planos, en todos los estratos. Soy para todos. Soy el pastor que no deja desviarse a ninguna de sus ovejas sin ir a buscarla. Estoy con vosotros desde el principio. Vuestra vida es la mía.

Hablad con mi voz. Hablad con la voz del amor y pronunciad las palabras del amor. Pondré mis palabras en vuestra boca. Incluso en las horas en que no me oís, también cuando no me escucháis no dejo de murmurar a vuestro oído.

He venido a traer a la tierra el fuego del Amor sin límites.